

Te robaría, Señor...

¡Te robaría, Señor!

Te robaría una noche sin luceros ni estrellas;
una noche muy negra,
sin más luz que la aurora de tus pupilas muertas.

¡Te robaría, Señor!

en una madrugada de noche de tormenta,
cuando el silencio es grávido,
cuando sólo el Amor y el Dolor están en vela.

¡Te robaría, Señor!

Me iría con tu cuerpo,
como un divino loco, por las callejas muertas
amparado en tu pecho,
como en una bandera,
bebiendo el agua tibia que resbala
en tu barba florida y nazarena.

¡Te robaría, Señor!

Y en lecho de lirios, nardos y madreselvas
abrazado a tu Cruz,
me moriría de amor,
besando en tu costado la bella rosa abierta.

JUAN G^o. IZQUIERDO

Luis Crespi de Borja, Obispo Placentino

Y sus aportaciones a la tesis immaculatista

INTRODUCCIÓN

DIVERSAS causas, que no nos corresponde a nosotros historiar ahora, motivaron que la cuestión immaculatista se pusiese a la orden del día en la España del siglo XVII.

Durante los reinados de Felipe III y Felipe IV, la controversia logra llenarlo todo: nuestra literatura, nuestro arte, nuestra política...

Con estas controversias España contribuyó decisivamente a la definición dogmática de la sentencia pía, que pudo ser realidad gaudiosa a mediados del siglo XIX, con el inmortal Pío IX. El monumento a la Inmaculada en el corazón mismo de Roma, en la Plaza de Monserrat, es un símbolo perenne de nuestra aportación al esclarecimiento del dogma immaculatista.

Pero no conviene dejarse alucinar cándidamente con los laureles de un triunfo conseguido, dejando sin reseñar la incorrección con que se llevó la controversia immaculatista en el s. XVII. Forzoso es reconocer que aquellas acaloradas disputas y controversias, sistemáticamente, eran más bien dictadas por un desmedido partidismo de escuela: mezcla de envidias y celos, que no por un deseo genuino de poder ver lo más pronto posible incrustada en la corona de la Virgen, la perla preciadísima del dogma de su limpieza immaculada de pecado original.

Fruto y a la vez causa de todo esto, fué una exuberante literatura de cuestiones mariológicas, a veces de gran solvencia científica, pero que, las más de ellas, se reducían a inútiles panfletos declamatorios carentes de valor científico, que no aportaron nada positivo a la doctrina que se intentaba vindicar.

Nosotros vamos a dedicar estas líneas a estudiar la labor mariológica de uno de los adalides de la opinión piadosa que, no sólo expuso su doctrina en las páginas de su librito, sino que, en virtud de obediencia al Rey, se ve obligado a exponer semejantes razones al Papa Alejandro VIII en una embajada especial.

Crespi de Borja, natural de Valencia, archidíacono de Sagunto, catedrático de Teología en la Universidad valentina, fundador del Oratorio de S. Felipe Neri en la misma ciudad, fué elegido Obispo de Orihuela el 23 de Octubre del 1651, pasando a los siete años después a regir la diócesis de Plasencia. Siendo obispo de esta ciudad